
Algo sobre el amor

Jaime de León de la Mora

La historia del amor es una historia de encuentros y desencuentros de sus dos ingredientes esenciales: la corriente tierna y la corriente sensual; es una historia de ilusiones y desengaños, de esperanzas y desistimientos; es una historia que da cuenta de los mayores éxtasis y de los más grandes sufrimientos. Es la historia de las interdicciones ¿Pues, acaso no nace la civilización por obra de una renuncia, impuesta, al amor? Es, también, la de las admoniciones y aforismos: “Amaos los unos a los otros”... “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”: Advertencia, esta última, en la que ya se reconocía el poder del narcisismo.

Unos viven el amor. ¿Quién no lo ha sentido-sufrido? Algunos se immortalizan por él; otros lo declaman y enaltecen: ¿No es la poesía un acto de amor al amor? No pocos enferman de amor, quizá sean los que en mayor número ocurren al diván en busca de remedio. Los menos lo escudriñan; y es que el aproximarse siquiera periféricamente a su comprensión expone a indecibles dificultades e incertidumbres.

Hablemos del amor. ¿O deberíamos decir de los amores? ¿Se justifica el uso de un solo vocablo para esa multiplicidad de sentimientos-sensaciones que se engloban bajo este significante? Existe, sin duda, en él una polisemia y, sin embargo, la sabiduría popular y la intuición poética han sostenido su univocidad presintiendo, quizá, el origen común de sus diversas expresiones.

Pero el amor implica —aunque no siempre— relaciones entre individuos. Ello ha concitado la permanente intervención del orden social, en lo que considera su jurisdicción, para determinar y reglamentar lo íntimo. Este aspecto del problema lo abordaré someramente después de un riesgoso intento de clarificación desde el psicoanálisis, y más específicamente, desde Freud; y digo riesgoso porque el tema nos lleva justo a algunos tópicos en los que el maestro mostró ambigüedades, imprecisiones e inconsistencias que han dado pie a muy diversas interpretaciones.

Riesgoso también porque un desmontaje aún minucioso de los elementos discernidos ¿garantiza aprehender la esencia del amor? Muchos dudarían que un acercamiento psicoanalítico pudiera penetrar y dar cuenta cabal de su compleja naturaleza. Pues, ¿cómo explicar esas sublimes y trágicas pasiones, desde los dinamismos freudianos?

En su inalterable y persistente esfuerzo por arrancar sus secretos al alma, Freud va a encontrar desde el inicio de sus indagaciones que el amor ocupa un lugar central en la comprensión de la psique humana. Creo, incluso, que no sería muy atrevido ni alejado de la realidad el ver al freudismo, mucho, como una psicología del amor.

Las dos corrientes psíquicas

La concepción básica que sostuvo Freud hasta sus últimos escritos fue que el amor es el resultado, como ya dijimos al inicio, de la confluencia de dos corrientes psíquicas, la tierna y la sensual.

En sus "Tres ensayos" afirma lo siguiente: "A lo largo de todo el periodo de lactancia, el niño aprende a amar a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades. Lo hace siguiendo en todo el modelo de sus vínculos de lactante con la nodriza, y prosiguiéndolos. Tal vez no se quiera identificar con el amor sexual los sentimientos de ternura y el aprecio que el niño alienta hacia las personas que lo cuidan; pero yo opino que una indagación psicológica más precisa establecerá esa identidad por encima de cualquier duda".

Páginas antes sostiene que: "Sólo la indagación psicoanalítica es capaz de pesquisar, ocultas tras esa ternura, veneración y ese respeto, las viejas aspiraciones sexuales, ahora inutilizables, de las pulsiones parciales infantiles".

Poco tiempo después, en 1907, reitera con mayor énfasis "(...) reunimos bajo el nombre del amor a todos los múltiples componentes de la pulsión sexual (...). Vemos así, que en estos primeros planteos sobre el problema considera, definitivamente, al amor como un derivado, una expresión de la sexualidad. La corriente tierna surge de una mutación de la sensual.

El Narcisismo

Vayamos ahora hacia ese otro registro del amor que se constituye como un escenario privilegiado para hacer inteligibles muchos de sus secre-

tos. Me refiero al narcisismo. ¿No es el de Narciso, acaso, el mito del origen del amor? “El enamorado es un narcisista que tiene objeto” afirma Kristeva.

Se inviste el propio sujeto, se ama a sí mismo, se inviste a los objetos, se ama a los objetos. Es un eterno vaivén que alcanza extremos de oposición, que clama por una solución dialéctica. Uno puede llegar a amar a otros sin dejar de amarse a sí. He ahí un equilibrio constantemente intentado. Los límites son enfermedad. “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si como consecuencia de una frustración no puede amar”, diría Freud.

Libido del yo, libido de objeto, son las nuevas premisas del amor. “El estado de enamoramiento se nos aparece como la fase superior del desarrollo que alcanza la segunda (la libido de objeto); la concebimos como una resignación de la personalidad propia en favor de la investidura de objeto (...).”

De acuerdo a esta fórmula, Freud concibe al amor como la colocación de la libido, sustraída del yo, en un objeto, o, como lo repetiría más adelante, “el enamoramiento consiste en un desborde de la libido yoica sobre el objeto”. Reitera permanentemente esta explicación del amor por la sexualidad, incluso en “Pulsiones y destinos de pulsión” la extrema en una fórmula muy reduccionista. “De vernos precisados, podríamos decir que una pulsión 'ama' al objeto al cual aspira para su satisfacción (...)” Pero en esta, misma obra afirma que el “(...) Amor es la expresión de la aspiración sexual como un todo (...)”. ¿Qué abarca ese “todo”? Desde luego hace intervenir a otro elemento que 'está de siempre en la base del movimiento pulsional, la consecución del placer.

“La palabra 'amar' se instala entonces, cada vez más en la esfera del puro vínculo del placer”, dirá. Pero además, esa “aspiración sexual como un todo” implica la síntesis cumplida, la integración y subordinación de las pulsiones parciales.

¿Se queda ahí Freud?, no, y aclaro aquí que es él quien involucra en este proceso al yo-total y no Klein, como algunos afirman “(...) caemos en cuenta que los vínculos de amor y odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a las relaciones del yo-total con los suyos”.

El Yo

Amplía así Freud, de un golpe, todas sus consideraciones previas sobre el amor. Y esto es inevitable. El yo se constituye, inicialmente, con base en las identificaciones primarias, las cuales se establecen, con los objetos que satisfacen las necesidades primordiales; cabría decir, según lo ya señalado, con los objetos que se aman tiernamente. Con posterioridad se agregan las identificaciones secundarias con los objetos que se aman de manera plena esto es, tierna y sensualmente.

El amor está en el origen del yo

En "Psicología de las Masas y Análisis del Yo", matiza y precisa el significado del vocablo amor sin apartarse de la concepción original de sus dos corrientes constitutivas. Ello da pie para considerar, por vez primera, la ventaja funcional que se deriva del desarrollo social como una forma de presión selectiva a favor de la sobrevivencia de la especie.

Allí especifica que "en una serie de casos, el enamoramiento no es más que una investidura de objeto de parte de las pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa, lograda la cual se extingue (...)". Este sería el amor sensual o amor "terreno". El otro sería el amor no sensual, de meta inhibida, al que también denomina "celestial", y es el que permite medir el grado de enamoramiento. A diferencia del primero es más estable y permanente, en virtud de que no es susceptible de una satisfacción plena, razón por la cual no se agota fácilmente. Los sentimientos tiernos que lo representan "(...)" son particularmente aptos para crear ligazones duraderas (...)".

El hombre, debido a las grandes deficiencias que comporta, en comparación con otros animales menos evolucionados, se vio obligado a desarrollar a un nivel sin precedente la vida social para posibilitar su existencia. Las parejas requerían de un vínculo permanente, que no se agotara con la satisfacción del deseo, para poder enfrentar la crianza y demás demandas vitales de la especie.

La madre necesitaba desarrollar un sentimiento que la ligara fuertemente a su cría, mínimamente durante el largo periodo de indefensión, para asegurar su sobrevivencia. Los hombres en conjunto, requerían generar sentimientos que los unieran y contrarrestaran la agresión que los separaba, con el fin de lograr la organización fundamental que les permitiera enfrentar las demandas perentorias imposibles de cumplir en forma aislada.

Sólo el amor tierno y sus derivados o variantes podrían cumplir con estos cometidos. Es por ello quizá, por su alto valor de sobrevivencia, que ha sido promovido intensamente en todas las épocas desde el inicio de la humanidad.

No así el amor sensual, que al lograr descargarse tiende a extinguirse por periodos de duración variable. Se tiene que considerar también que el amor sensual es disruptivo, propicia rivalidades y luchas que pueden llevar a enfrentamientos entre los individuos, de forma que amenazan la necesaria integración y colaboración. Es por ello, posiblemente —entre otras razones— que se le proscribió con rigor inicialmente a través de las estructuras elementales del parentesco. Se favorece así, la unión de los grupos y, al mismo tiempo, se impulsa la apertura al intercambio y a otras formas de relación con grupos externos, propiciándose de esta manera el desarrollo social tan fundamental.

Son ventajas grandes, aunque necesariamente traen aparejadas no pocas desventajas para la constitución armónica del individuo, pues éste se verá obligado muy tempranamente a renunciar a su objeto de amor primordial, y a disociar en consecuencia, las dos corrientes del amor, lo que más tarde repercutirá en una extendida dificultad para su integración plena en un mismo objeto.

Veremos más adelante que no exclusivamente en el individuo concreto, sino en grupos específicos de épocas y culturas diferentes, se ha promovido la orientación de cada una de ellas a objetos diversos, seguramente también por razones de conveniencia para el sistema.

Otra ventaja funcional que encuentra Freud en el fortalecimiento de los sentimientos tiernos tiene que ver con la prevención de la neurosis. Esta “aparece donde quiera que el pasaje de las pulsiones sexuales directas a las de meta inhibida no se ha consumado felizmente, y responde a un conflicto entre las pulsiones acogidas en el yo, que han recorrido aquel desarrollo, y las partes de las mismas pulsiones que, desde lo inconsciente reprimido aspiran —lo mismo que otras mociones pulsionales cabalmente reprimidas—, a su satisfacción directa”.

Amor y muerte

Considero ahora, otro elemento importante que se presenta siempre indisolublemente unido al amor. Tanto en la literatura universal como en la percepción que singularmente tenemos de éste, lo encontramos de manera irremediable, aparejado al sufrimiento.

El amor feliz no es tema de poetas ni de literatos. Los viejos sabios previenen contra él por lo que saben de su destino. Probablemente sólo una ilusión enraizada en los deseos de la infancia puede hacer encontrar la felicidad en ese sentimiento.

Este destino, que en no pocas ocasiones llega a ser trágico, solamente puede esclarecerse por la intervención de la pulsión de destrucción, de muerte.

Las dos clases de pulsiones, vida y muerte, se hacen presentes desde el origen y, en la vida afectiva, toman la forma de amor y odio. "(...) el odio no sólo es, con inesperada regularidad, el acompañante del amor (ambivalencia), no sólo es hartas veces su precursor en los vínculos entre los seres humanos sino también que, en las más diversas circunstancias, el odio se muda en amor y el amor en odio (...)". Con esta aseveración, Freud abre el camino que conduce al esclarecimiento de la desventura del amor.

Y, es que, desde el inicio las dos pulsiones operan cada una para cumplir su destino opuesto. Se mezclan, entonces, para neutralizarse, pero no se anulan. Eros se confunde con la destrucción para orientarla fuera del individuo y evitar su autoaniquilamiento y, a partir de ese momento, actuarán conjuntamente sobre los mismos objetos, dominando en momentos una, en otros la otra.

La desmezcla de las pulsiones, en sus distintos grados, será la responsable de la intensidad con la que actúe la destrucción liberada, por así decirlo, de su control.

Desde esta perspectiva, podemos considerar al amor como el intento repetido —a veces compulsivamente— de la superación de la muerte. El amante se aferra a su objeto, o lo substituye frecuentemente, para negar su destino; para eternizarse a través de un vínculo que le crea la sensación de plenitud; pero la trampa oculta no deja de hacerse presente muy pronto, en esa misma realización encuentra la muerte, en la ruptura.

A este respecto, nos dice Caruso: "El problema de la separación es el problema de la muerte entre los vivos. La separación es la irrupción de la muerte en la conciencia humana —no en forma 'figurada', sino de manera concreta y literal. La separación puede convertirse en un 'escándalo' superior al producido por la muerte física, porque —para salvaguardar la supervivencia— da muerte a la conciencia de un viviente en un viviente".

“(…) Es la muerte en la conciencia —en la propia y en la del otro— y la muerte de la conciencia”.

La separación, la pérdida del objeto amado ¿no es un destino inevitable en la relación amorosa? Retomando algo que ya dije en otra oportunidad, “se hace evidente que nuestra existencia está signada por la separación, por la pérdida de los objetos de nuestros deseos. Perdemos el pecho, la madre, el padre... ¿Cómo sobreponer este destino si, por la estructura misma del deseo, lo que alcanzamos nunca es lo que deseamos y por ello cada vez resignificamos las pérdidas originarias?

“La pareja se convierte así en el vehículo de objetivaciones de otros tiempos y espacios. Se pretende como la posibilidad de concreción de aquello que no se puede sostener ligado sólo a los objetos internos; es la escena en la que se juegan temas de otro lugar”.

¿Y los amores que no culminan con la separación? “Es la organización pulsional fundamental en la cual se oponen y conjugan dialécticamente las tendencias básicas vida y muerte, el modelo y la matriz en los que se resolverán los avatares de estas relaciones, a través de diversas dualidades antitéticas: amor-odio, idealización-desencanto, cercanía-distancia, admiración-desprecio, encuentro-desencuentro, deseo-indiferencia, etc.”

Estas relaciones permanentes procuran constantes percepciones de muerte: la ausencia, la anticipación de la pérdida, el conflicto frecuente, el engaño, el lento y paulatino agotamiento del deseo, la desilusión, el deterioro de la sobreestimación. Todo ello confluye para degradar la sensación de plenitud vital protectora y negadora de la muerte. Todo ello lleva al dolor intenso y al sufrimiento insoportable, en los que se hacen patentes destrucción y muerte.

Algo de la Historia

En la vida de la humanidad, el amor, ya en alguna de sus expresiones, ya en alguno o algunos de sus elementos intervinientes (sujeto, objeto, acto, momento) se ha visto sojuzgado, reglamentado, castigado, limitado, según las épocas y las culturas.

La prohibición del incesto desde los orígenes mismos, piedra angular en la posibilidad de la civilización, ha sido la primera, y seguramente la más trascendente de las interdicciones. No obstante, en una medida importante, a partir de ella se inicia el desprendimiento de la humanidad de la vida regida por la inmediatez.

En los primates no humanos, se sabe ahora, el precaverse del inces-
to, cuando éste es el caso, obedece a mecanismos puramente fortuitos, no
hay ley; en el hombre, en cambio, la inaugura.

Con el tiempo, se ha ido agregando una amplia gama de coerciones
a la expresión del amor. Sobre la Época Clásica, por ejemplo, sería caer
en el error el suponer que la permisividad era casi absoluta. Ciertamente que la
Erótica emanada de los filósofos y los médicos que marcaba las directri-
ces, seguramente no coincidía puntualmente con la práctica cotidiana;
pero, aun así, se establecían claramente los paradigmas a seguir.

Entonces, se promovía una ascesis rigurosa en el ámbito de los
deseos y los placeres; la templanza, la austeridad, eran postuladas como
el estado al que debería aspirar todo hombre digno. Los excesos y las
indiscriminaciones eran reprobados porque desbordaban la posibilidad
de control y porque, necesariamente, acarrearían perjuicios a la salud, a
la libertad, a la ética y a la moral.

La vida de templanza para Platón es una existencia “benigna ante
todos los ojos, con dolores tranquilos, placeres tranquilos, deseos dulces
y amores sin furor...”

La pasión, por lo mismo, no era bien vista, mediante una serie de
técnicas y estrategias se la evitaba.

Se demandaba una necesidad permanente de control, dominio,
atemperamiento, haciendo eco a una moral derivada de una estética de
la existencia.

No es que se descalificara la sexualidad por considerarla en sí mis-
ma o por naturaleza, mala, sino que se trataba de moderarla y sujetarla a
un régimen que contemplaba la salud, la inquietud por la progenie, el
dominio de sí mismo y el objeto del deseo como lo que se debería cuidar
y preservar.

Además de la templanza, y quizá más significativa aún, otra cuali-
dad caracterizaba a la *aphrodisia*, la actividad. Lo más condenable y des-
honroso a los ojos de los griegos, era la asunción de una posición pasiva
(recuérdese que se trataba de una Erótica hecha por hombres para hom-
bres).

De acuerdo con Foucault, se establecía un “isomorfismo entre la
relación sexual y la relación social (...) La relación sexual —siempre pen-
sada a partir del acto-modelo de la penetración y de una polaridad que
opone actividad y pasividad— es percibida como del mismo tipo que la
relación entre superior e inferior, el que domina y el que es dominado, el
que somete y el que es sometido, el que vence y el que es vencido (...)”.

Ello nos permite captar el lugar que ocupaba la mujer en la relación de pareja, y en la vida social en general. Su pretendida pasividad, marca una inferioridad de naturaleza y de condición. El célebre aforismo de Demóstenes lo ilustra: "Las cortesanas existen para el placer, las concubinas, para los cuidados cotidianos; las esposas para tener una descendencia legítima y una fiel guardiana del hogar".

Concepción que varios siglos después, en la Alemania nazi sería ampliada con las famosas tres K, imponiéndola como modelo paradigmático del estatuto femenino: Kuche, Kirche, Kinder.

Se desprende de lo anterior que el amor y la sexualidad circulaban preferentemente fuera del matrimonio, y que, en forma privilegiada se orientaran hacia los jóvenes, quienes en su condición de hombres ocupaban una posición superior a la de las mujeres. Pero, precisamente porque algún día serían ciudadanos libres, tendrían que ser cuidadosos mediante una serie amplia de interdicciones que limitaban mucho las posibilidades de posesión y satisfacción.

Se llegó a considerar que el verdadero amor era el que se profesaba a ellos. Pero, claro, se ponderaba el amor del alma sobre el del cuerpo y al logro de este ideal iban encaminadas las reflexiones de los filósofos y moralistas.

El amor se ligaba a la belleza y a la verdad. Mediante una cadena de desplazamientos y generalizaciones se llegaba a la sublimación de los deseos, "de un bello cuerpo, hacia los bellos cuerpos (...) y luego de éstos hacia las almas, más tarde hacia lo que hay de bello en las ocupaciones".

Tuvieron que pasar varios siglos para que Eros recobrara la importancia que tuvo en la Epoca Clásica. En el siglo XII se inicia esa irrupción con el amor cortés, que resulta, a fin de cuentas, una variante del amor platónico. Tanto el caballero bretón como el trovador meridional de ese tiempo, cultivan la intensidad de su amor en función de la renuncia. Las leyes de la "cortesía" limitan, posponen y, más aún, impiden la realización del deseo. Cuando ésta se logra surge la tragedia. Probablemente sea el Quijote la síntesis más acabada de ese ideal. Su amor tan místico, abstracto y despegado de una posibilidad concreta, se juega sólo en el plano de lo imaginario.

El tiempo y el espacio para esta exposición se agotan y queda tanto por decir. Mucho, muchísimo habrá que indagar, dilucidar y explicar sobre el tema para lograr una comprensión de mayor certidumbre.

Quise solamente destacar, sintéticamente, algunos de los elementos constitutivos de la compleja naturaleza del amor y con mayor breve-

dad todavía, ilustrar el hecho que, aún en sus periodos de esplendor, paralelamente a su decantamiento —y quizá en virtud de él—, se ha intentado con porfía desde diversos lugares de influencia y/o poder: reorientar, convertir, sujetar y hasta anular ese poderoso sentimiento, a la vez tan anhelado y temido.